

FRANCISCO AGÜERO Y AGÜERO.

Francisco Agüero y Agüero nació en Puerto Príncipe el 19 de mayo de 1832 y murió el 31 de julio de 1891. Tenía por consiguiente más de veinte años cuando comenzó para la región camagueyana la cruenta lucha que, abarcándola segunda mitad del siglo diecinueve, culminó en la independencia de Cuba en 1898.

El apellido Agüero va unido al martirologio de la patria desde los primeros años de aquel siglo, tan fecundo en grandes acontecimientos.

Sabido es que en 1826 subió al cadalso Francisco Agüero (FRASQUITO) por sus ideas patrióticas, como conocida es de todos la heroica muerte de Joaquín Agüero, aquél hombre valeroso e impávido, con corazón de ángel, que viendo levantarse para él un afrentoso patíbulo, dirigiéndose a sus carceleros, exclamó con el acento de los héroes: "señores, brindo porque me oiga Dios, a quien por lo poco que me resta de vida voy a rogar, porque desaparezca la barrera que divide a españoles americanos y peninsulares, y estrechando en ellos los lazos que naturalmente deben unirlos, hagan juntos la ventura de esta tierra querida".

También el padre de nuestro biografiado, el dulce poeta que tantas veces ha regalado nuestros oídos con los melodiosos sonidos de su lira melancólica, EL SOLITARIO, el trovador de las campiñas camagueyanas, padeció persecución en las luchas por la independencia; por cierto que en aquella ocasión el amor filial de don Francisco Agüero emuló la tradicional y nunca bien ponderada entereza

de carácter de la gente de raza castellana: perseguido su padre con tenacidad española, el hijo lo oculta, vence cien peligros, hasta que le pone a salvo, embarcándole en solitaria playa, para que, ganando un puerto extranjero, se sustrajera a segura pérdida.

Yo no quiero hablar aquí de los méritos literarios de don Francisco Agüero y Agüero, porque dentro de poco aparecerá, por la iniciativa feliz de sus hijos, la obra literaria condensada en un tomo de versos, de aquél hombre sencillo e ingénuo que compartió los años de su laboriosa vida entre el amor de su familia y el cultivo de la poesía, pasando casi inadvertido en la balumba de aquella sociedad en que vivió, agitada por las sollicitaciones de fuerzas encontradas y poderosas: el ideal patrio, el afán de riquezas y las preocupaciones de castas.

Cuando el hombre sensible lleva a los amorosos remansos de su corazón para aquilatarlos, las luchas, los anhelos, las zozobras, las tragedias y los delirios de aquél glorioso pasado, siente perderse su espíritu entre crepúsculos y sombras, entre arrullos de música lejana y fragor de tempestad, entonces al pecho generoso acude el vivo deseo de colocar a cada uno de los que fueron actores en aquellos momentos del tiempo que pasó, en su verdadero pedestal, para que la luz bañe el rostro del bueno e infunda vigor en los que desmallen o vacilen, y la tiniebla sepulte en los pliegues de su ropaje misterioso a los que fueron malos, para que la historia en su crisol de eterna justicia dé a cada cual lo suyo

TEODORO.
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
-HABANA